



El secreto de las Musas de Terrabís

Nobra Merg

Ilustraciones
Raquel Díaz Rebollo

El secreto de las Musas de Terrabís

Nobra Merg



DOCE
CALLES

Imagen de cubierta e ilustraciones: Raquel Díaz Rebollo

Copy right María Elena González Rodríguez
N.º A. Registral: SA-248-14 (edición corregida y ampliada)

© de la presente edición:
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 2234
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-236
Depósito Legal: M-25948-2018

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

*Para las 8 flores que alegran y embellecen mi jardín:
Alba, Vega, Fátima, Yara, Sara, Amaia, Elena y Marta.
Mi sincero agradecimiento a Sara Puente y a Mai por
sus enriquecedoras sugerencias.*

ÍNDICE

I. La expedición Némesis y el mapa de las estrellas.....	11
II. Vesta al amanecer.....	19
III. La musa del plenilunio y su pluma.....	31
Epílogo.....	47



I

LA EXPEDICIÓN NÉMESIS Y EL MAPA DE LAS ESTRELLAS

En el lejano planeta de la Verdad, donde su placentera atmósfera compuesta de éter de ensueño y de un oxigenante vapor de libertad se mantiene con un grado de pureza que los humanos hemos olvidado, y donde su litosfera todavía palpita dotando de ánima a todo lo que crece en su corteza, hay lugares de extraordinaria biodiversidad vegetal, en los que su ecosistema parece haberse aliado con la deidad para exhibir su genio creativo con una fuerza capaz de sobrecoger el espíritu humano, achicar su ego y recordarle su modesta naturaleza.

Hablo de Terrabís; un planeta de orogenia constantemente activada por la imaginación, cuyo núcleo de consciencia universal es capaz de amalgamar un magma espiritual y generar sobre su superficie un medioambiente inteligente, sensible y suficientemente locuaz para hacer posible lo imposible: que el hombre se detenga a escuchar la naturaleza.

Un mundo exclusivamente vegetal. Sin animales ni simbiosis aparente. Sí y, sin embargo, tan fecundo como lo fue el nuestro. En el que resulta fácil comprender el axioma científico de que la energía se transforma, nunca se destruye y en el que el H_2O_4I de sus yodadas aguas, al estar enriquecidas por la inspiración, el elemento más buscado en la Tierra, nos obliga a asumir, con más ciencia ya que clarividencia, la existencia de ese componente que tímidamente empezamos a llamar partícula de Dios.

Para nosotros, los terrícolas del cuarto milenio d.C, se trata del astro más importante de un universo paralelo y de cosmogonía tan opuesta que ha roto toda nuestra cosmología y que, solo ahora, en los albores del siglo xxxiii, con el grado de desarrollo científico y tecnológico alcanzado, tras rescatar los restos perdidos del mapa sideral que nos fue legado en los tiempos de Pangea y conseguir descifrar gran parte de su código, estamos empezando a entender.

Aclaremos que a este fantástico universo llegamos por azar.

Tras conseguir esquivar el cinturón de asteroides que nos impedía explorar los confines de nuestra galaxia y, alcanzadas las coordenadas de la nube de Oort, nuestra nave, Leónidas V, fue engullida por el agujero negro de Némesis. Fue entonces cuando perdimos el contacto con la nave y una tensa expectación se apoderó de la base. Apenas el monótono ruido de las computadoras rompía aquel silencio. Nos acobardamos. Nuestra inteligencia había desembocado una vez más en prepotencia. El ruido y la nieve estelar en las pantallas de los ordenadores se evidenciaban como el registro más patente de un universo caótico y todavía en expansión que no conseguíamos dominar. La aventura concluía y lo hacía del modo más desconsolador.

Estábamos a punto de dar la nave por perdida, cuando las computadoras recuperaron su frecuencia y, enloquecidas, empezaron a arrojar multitud de datos increíbles. Leónidas V había conseguido atravesar Némesis y en ese momento nos estaba descubriendo la órbita gravitatoria de ese fascinante planeta que llamaríamos Terrabís.

Lo que creíamos que era un agujero negro resultó ser un paso de entrada y salida de una nueva dimensión. El hecho de que no perdiésemos el contacto con la nave lo corroboraba. Entonces decidimos bautizar esta y las futuras expediciones con el nombre de Némesis, centramos nuestra investigación en la materia oscura y nuestro concepto del universo físico cambió.

Resulta curioso que, de todo lo visible en el firmamento terrestre, sean precisamente las estrellas que dieron nombre a nuestra galaxia las que escondan esa otra dimensión, y todavía hoy nos sorprende que dentro de ese cúmulo de estrellas, cuya alineación describe un camino hasta el centro de la bóveda celeste, tan perceptible que los antiguos pensaron que conducía al mismísimo Cielo (ese paraíso místico o mitológico con el que siempre hemos soñado), hallamos descubierta paradójicamente el paso.

No sé si nosotros, hombres de un neoceno avanzado, hemos dado a su nombre, Vía Láctea, un contenido más significativo. Pero lo cierto es que, con esta gran hazaña, no solamente materializamos el sueño científico de Aristarco de Samos, de Eratóstenes y de los tres milenios de curiosidad científica que se sucedieron, sino que inauguramos también una nueva era cósmica, protagonizada además por una humanidad diferente.

La humanidad resultante del largo proceso de globalización que acabó con la diversidad racial y cultural de la especie, hipotecada por el desarrollo industrial y promotora de un segundo estadio ecológico, amaneció en los peores tiempos de alarma medioambiental: el antropoceno consciente o superior.

Periodo en el que salvar las aguas y mantener verdes los pulmones del planeta se convirtió en una cuestión de vida o muerte y en la clave para combatir el cáncer que padecíamos. Un cáncer heredado de un progreso inconsciente y mal enfocado; en todos congénito y que redujo nuestra esperanza de vida a tan solo sesenta años. Justo la mitad de lo que llegó a vivir el afortunado hombre del viejo mundo probiótico.

Y es que únicamente forzados por el medio, cuando este pone en grave riesgo nuestra supervivencia, reflexionamos y actuamos en consecuencia. Si algo nos caracteriza como especie es que precisamente evolucionamos bajo presión y en contextos de crisis. Cambios climáticos tan duros como el de ahora fueron los que suscitaron los saltos más destacados de nuestra evolución. Solo que ahora no se trata de adaptación, transformación o dominio del medio, sino de capacidad para actuar a escala planetaria y rescatar un planeta agonizante.

Sin embargo fue así, afrontando esta difícil situación, como nuestra humanidad, enferma y diezmada, consiguió dar también un salto evolutivo cualitativamente importante y progresar como especie tras un nuevo estallido —¿cómo no?— revolucionario y anunciado como uno de los más trascendentes por los historiadores más visionarios.

Efectivamente, la Gran Revolución Social de 2967, surgida a raíz de la Marcha Verde Mundial, cambió el curso de la historia por completo. Gracias a ella comenzamos a entendernos y reconocimos al fin nuestra civilización residual.

Ante la inminente amenaza de desecación global y el consiguiente riesgo de extinción, pasamos a ser gobernados directamente por una comunidad de científicos convencidos de poder actuar a tiempo y, ya desde una idea inteligentemente consensuada y claramente esclarecida por el pasado. Es decir, con la viva noción de que para regenerar el planeta había que regenerar primero al hombre.

Tomar consciencia global de su urgencia no llevó mucho tiempo. Bajo la prudente jefatura de la Comunidad, el viejo orden geopolítico que tanta muerte había provocado con su inestable equilibrio de potencias acabó. Desaparecieron fronteras y tiranos y, con ellos, la guerra.

Sin la presión de un planeta en estado terminal nada de lo que os estoy contando hubiera sido posible.

El cambio se operó sin resistencia. Sin resistencia no fue necesario recurrir al uso de la fuerza. Salvar el planeta era lo único que importaba ya y la situación era tan alarmante que monarcas, cardenales, generales, políticos, empresarios, banqueros y terroristas lo acataron sin dilación.

El hambre y la miseria fueron erradicadas con el reparto justo de la riqueza y el desarrollo generalizado. La ecología y la ética moral y cívica se convirtieron en pilares educativos y se impartieron desde primaria.

Gracias a su sabio gobierno, el mundo se convirtió en en eso, mundo; ¡un mundo igual para todos al fin!

Se intentaron respetar las diferentes culturas, pero amalgamadas bajo un único gobierno, con un mismo sistema educativo, el mismo modelo socioeconómico y el mismo régimen jurídico, político y administrativo, llegaron a fundirse de tal manera que acabamos conformando una única civilización.

Aunados los esfuerzos e intereses de toda la humanidad en una única dirección, pudimos acometer un activismo ecológico sin precedentes y abrir un nuevo estadio geológico en la historia del planeta. Pero nuestro, todavía temprano, ecologismo consciente resultó insuficiente. Tan solo conseguimos garantizarnos temporalmente una atmósfera respirable, así que tuvimos que afrontar una gran carrera espacial con el único objetivo de encontrar otro planeta que habitar. Ese fue el cometido de la nave espacial Leónidas V. Una nave errante, tripulada únicamente por robots y programada para explorar perpetuamente el universo.

Los datos recopilados por esta y las dos expediciones que la sucedieron resultaron contundentes. Demostraron que el vacío no estaba vacío, sino lleno de tiempos a los que podríamos viajar cuando descubriéramos la naturaleza de las partículas que lo integran y el mecanismo de las fuerzas que interactúan diferenciando cada campo temporal. Entonces podremos regresar al mundo que conocimos, cuando el paso del tiempo no nos preocupaba.

En consecuencia, Terrabís se hizo imprescindible para nosotros. No solo por ser ya la única fuente de recursos garantes de nuestra supervivencia, sino por ser también una mina de vital importancia para el desarrollo del genio humano y una plataforma excelente desde la que, sin duda, podremos propulsarnos, una vez hayamos localizado el gusano transdimensional, que será capaz de repatriarnos a ese mundo ideal del que fuimos desterrados y en el que seguimos ubicando nuestra utopía de coexistencia feliz. Destino triunfal al que pensamos que nos conducirá nuestro misterioso mapa sideral.

Por ello, descifrar por completo el mensaje del mapa de las estrellas se ha convertido en lo prioritario para nosotros, la humanidad de la nueva era; lo único que puede guiar nuestra grandiosa travesía y esclarecer la senda de nuestro largo o, según se mire, breve vagabundeo existencial; nuestro punto de partida y nuestro punto de llegada; la meta de nuestra especie, si es que la





Un sugerente relato juvenil, en clave de cuento y en nombre de la Ciencia, para leer acompañados,
porque lo simple y pequeño es complejo e infinito también.
Es esperma y semilla de conciencia universal